

HEROIDA QUINTA.

ARGUMENTO.

Hallándose grávida Hécuba, muger de Priamo, rey de Troya, soñó que pariría una hacha que incendiaria la ciudad, por lo que su esposo mandó que se diese muerte al infante que naciera. La reina compasiva entregó ocultamente su hijo á los pastores del rey, entre los cuales se educó, y se casó con la ninfa Enone. Descubriéndose despues ser este pastor, llamado Páris, hijo de Priamo, lo envió su padre á Esparta, de donde se trajo robada á Helena, muger de Menelao, rey de Micenas. Su esposa Enone se queja en esta carta de su perfidia, le recuerda su mucho amor, y concluye suplicándole vuelva á su cariño compadeciéndose de sus penas. (Véase la heroïda décima sesta).

ENONE

Á

PÁRIS.

¿Lees la carta, ó bien tu nueva esposa
Zelosa te prohíbe su lectura?
Mírala sin temor; no es de Micenas
La mano que te escribe y te saluda.

Es de Enone tu esposa, aquella ninfa
Tan célebre de Frigia en las llanuras,
Que ofendida de tí, de tí se queja,
Si su quejoso hablar la disimulas.

¿Qué deidad, dime, su poder divino
Opuso á nuestros votos y ternura?
¿Para dejar de ser tu esposa, dime,
Mi delito cuál es? ¿cuál es mi culpa?

El mal que se merece, con paciencia
 Podrá sobrellevar el que lo sufra:
 Pero la pena nunca merecida
 ¿Se podrá tolerar sin amargura?

Aun eras pastorcillo, cuando alegre
 Te admití por esposo en nuestras nupcias;
 Y yo, nacida de un famoso rio,
 Era ninfa inmortal desde mi cuna.

Aun eras de Priamo solamente
 (Perdona esta verdad si no te adula)
 Un triste ganadero, y yo con todo
 En lazo conyugal sufrí ser tuya.

Mil veces á la sombra de algun árbol,
 Entre el ganado que la yerba rumia,
 Descansamos, sirviéndonos de alfombra,
 Mezclada con las flores, la verdura.

Otras mil recostados sobre el heno,
 Mullido lecho que en el Ida abunda,
 En humilde chocilla nos libramos
 De las blancas escarchas y las lluvias.

¿Quién te mostraba, dí, para la caza
 El paraje mas apto y coyuntura?
 ¿Quién te enseñaba en qué lugar solian
 Sus hijos ocultar las fieras brutas?

Mil veces en los bosques las nudosas
 Redes, tendí contigo en parte oculta,
 Y otras mil tras las fieras á los galgos
 Instigaba tambien en la espesura.

Aun conservan las hayas todavia
 De mi esculpido nombre las cisuras,
 Y vése en ellas la palabra Enone,
 Que tú grabáras con aguda punta.

Me acuerdo que hay un álamo á la orilla
 Del rio Xanto, que su pie fecunda,
 Y se vé, conservando mi memoria
 En su dócil corteza, una escritura.

Y al par mi nombre de las toscas hayas
 Escrito por do quier crece y se abulta:
 Creced, ¡oh! sí, creced, que de mis glorias
 Los títulos sereis, hayas robustas.

Vive, vive feliz ¡álamo ilustre!
 Crece del Xanto en la ribera musga,
 Y conserva mi nombre en esos versos,
 Que guarda tu corteza en sus arrugas.

*Antes que el firme Páris abandone
 A Enone á quien amor eterno jura,
 Se verá que del Xanto las corrientes
 Cambiadas, á su origen se apresuran.*

Tórnate Xanto, ya, y haz que tus aguas
 Hácia su origen presurosas suban;
 Pues el pérfido Páris á su Enone
 Abandonó con falsedad perjura.

Todo el principio fue de mi desgracia,
 Y empezó de mi amor la estacion cruda,
 En aquel negro dia, triste anuncio
 De tu infame traicion y mis angustias;

En que Juno con Venus y Minerva,
 Muy mas bella con armas que desnuda,
 Remitidas á tí, se presentaron
 El premio á disputar de la hermosura.

Al punto que este caso me contaste,
 Atónito mi pecho entre mil dudas,
 Latió anhelante, y un temblor helado
 Discurrió por mis huesos y medulas.

Tanto fue mi terror, que de allí luego
 Llevé, toda turbada, mi consulta
 A los viejos y ancianas, que conformes:
Algun mal, me dijeron, se te anuncia.

Córtase luego el pino, y las maderas
 Aptas para los barcos se acumulan:
 Fabricanse las naves, y acabadas
 Recibiólas por fin la mar cerulea.

Partiste: y al partir corrió tu llanto;
 No niegues á lo menos tu ternura,
 Que no el antiguo debe avergonzarte,
 Sino ese nuevo amor con que me insultas.

Lloraste en fin, y viste de mis ojos
 Las lágrimas correr, que fueron muchas;
 Y en tristeza sumidos vimos ambos
 Mis lágrimas mezclarse con las tuyas.

No así á los olmos las torcidas vides
Amorosas se estrechan y se juntan,
Como tus brazos de mi cuello en torno
Se anudaron amantes como nunca.

Me acuerdo que al quejarte de que el viento
Era contrario á la forzosa ruta,
Se sonrieron todos de tu queja,
Porque soplabá el viento en derechura.

¡Cuántas caricias, ay! ¡cuántas me hiciste,
Que repetiste con terneza suma!
¡Y cuán apenas tu amorosa lengua
El *adios* pronunció turbada y muda!

Por fin el aurá leve hinchó la vela,
Que del mástil pendiente iba segura,
Y con los remos sacudida el agua
Comenzóse á cubrir de blanca espuma.

Sigo infeliz con los turbados ojos,
Que agolpadas las lágrimas anublan,
La nave que te aleja en cuanto puedo,
Y en tanto mi llorar el suelo inunda.

Y para que muy pronto retornases,
A las glaucas nereidas importunan
Mis ruegos.... ¡Infelice! ¿quién creyera
Que les rogaba yo mi desventura?

Volviste, sí; volviste por mis ruegos,
Mas fue para otra que mi amor usurpa:
¡Necia de mí, que fui tan compasiva
Con esa Helena para mí tan dura!

Hay un alzado monte en la ribera,
Desde cuya escarpada y tosea altura
Se vé el inmenso mar, que con sus olas
Contra la inmóvil masa en vano pugna:

Allí yo en vigilancia, la primera
Las velas conocí de tu falúa,
Y acometióme un ímpetu al mirarla
De arrojarme á las ondas en tu busca.

Mientras vacilo así, desde la proa
A mis ojos brilló veste purpúrea,
Y estremecíme al punto, pues sabía
No ser de aquel color tu vestidura.

Acércase la nave y toca en tierra,
 Conducida del viento que la impulsa;
 Y descubriendo de muger un bulto,
 Temblorosa quedé, quedé confusa.

No fue esta sola de mí mal la causa,
 ¿Cómo pude quedarme irresoluta?
 La miserable adúltera sentada
 Estaba en tus rodillas ¡ó qué furia!

Rasguéme entonce el inocente seno,
 Y heríme el pecho en rabia furibunda,
 Sin perdonar mis manos las megillas,
 Que inundaban sin fin lágrimas turbias.

De querellosos gritos llené el monte
 Sin poder mas en tan atroz angustia;
 Y de allí llevé al Ida mis gemidos,
 Do está mi habitacion, ya sola y viuda.

¡Así llorando mi rival un día,
 Abandonada de su esposo, sufra,
 Y reducida á padecer se vea
 Las que antes yo por ella sufro angustias!

Ya eual príncipe tienes quien te siga
 Por las inquietas ondas mal seguras,
 Y quienes por seguirte aventureras,
 Abandonando á sus maridos, huyan.

Mas cuando fuiste pobre pastorcillo
 Los ganados llevando á la pastura,
 Del pobre pastorcillo solamente
 Enone fue la esposa, y no otra alguna.

Ni admiro tus riquezas, ni me mueve
 De ese tu alcázar la grandeza augusta;
 Ni vana de las nueras de Priamo
 Aspiro á ser contada entre la turba.

Y no porque tu padre desdeñase
 A una ninfa tener por nuera suya,
 Ni para serlo de Hécuba tuviera
 Que ocultar el origen que me ilustra:

Que siendo hija de Xanto, ser esposa
 De un príncipe merezco por mi cuna,
 Y no se degradára entre mis manos
 El cetro que los príncipes empuñan.

Ni me tengas en poco porque un tiempo,
Contigo entre las hayas, la menuda
Yerba mi asiento fue, cuando soy digna
De ocupar el asiento que hoy ocupas.

Mi cariño ademas, no te es funesto,
Ni por él crudas guerras te resultan,
Ni vengadoras naves por mi causa,
Para tu destruccion, los mares surcan.

Por la pérfida Helena solamente
Tantas armas mortíferas te buscan;
Que esta es la dote que te trajo, fierá
De ocasionar tan áspera disputa.

La que si á Menelao su marido
Tiene ó no de volverse por ventura,
A tus hermanos Hector y Deifobo,
O al gran Polidamantes lo pregunta.

Lo que el sábio Antenor y el rey Priamo
Acerca de esa mísera discurren,
Bien puedes consultar, que en su esperiencia
Respuesta encontrarás cierta y segura.

Preferir una adúltera á la pátria
Fuera cosa torpísima y absurda,
Que á par que es vergonzosa tu perfidia,
Es del griego la guerra clara y justa.

Y á no estar ciego vieras que en Helena
Mal se podrá encontrar firmeza alguna,
Que quien dejó á su esposo por seguirte,
Tambien te dejará si otro la adula.

Cual ora gime el triste Menelao
Al ver trozada la nupcial coyunda
Por la traidora Helena, y se lamenta
Ofendido de que otro la conduzca;

Así tú gemirás: que en vano esperas
Que quien holló su honor contigo cumpla:
Una vez el pudor solo se pierde,
Y perdido una vez, no tiene cura.

Dirásme que te adora; ¿mas lo mismo
No aseguró á su esposo veces muchas?
Con todo, él yace solo en aquel lecho
Que abandonó la ingrata sin cordura.

No así Andrómaca fiel, á quien constante
Hector tu hermano colma de venturas:
¡Oh! ¡si cual él la trata me tratarás!
Fuera mi dicha entonces sin segunda.

Pero eres menos firme que las hojas,
Que con la falta del humor enjutas,
Se secan, y del árbol se desprenden,
Por poco que el fabonio las sacuda.

Y eres mas quebradizo que el arista,
A quien ardientes los calores chupan
Todo el jugoso humor, y árida torna
El sol que en abrasarla continúa.

Me acuerdo, aunque ya tarde, que algun dia
La divina Casandra, hermana tuya,
De fuego llena y erizado el pelo,
Estas desdichas me anunció futuras.

„¿Qué haces, crédula Enone? me decia,
„¿Para qué siembras en arena inculta?
„¿En terreno que nunca dará fruto
„Arrojas la semilla tras la yunta?

„Una fiera voraz brotará Grecia
„Que nuestras mieses ¡ó dolor! destruya,
„Y á tí y á Troya, y todo.... ¡ó nunca sea!
„Mas ya se acerca, y su rugir se escucha.

„¿Cómo la obscena nave antes del daño
„Los dioses en las ondas no sepultan? (gre
„¡Ay! ¡cuánta sangre frigia! ¡ay! ¡cuanta san-
„El suelo amado de mi pátria inunda!”

Asi dijera, y las esclavas luego
En medio á su discurso se apresuran
A retirarla cual furiosa, en tanto
Que de horror mis cabellos se espeluzan.

¡Ay mísera de mí! ¡cuán verdadera
Fue para mí su prediccion oscura!
¡He aqui la fiera que de Grecia vino
Mis propiedades poseyendo intrusa!

„Y quién es? una adúltera sin honra,
Por mas que se pregone su hermosura,
Que abandonó los dioses de su pátria
Por seguir á su huesped vagabunda.

Si me acuerdo del nombre, un tal Teseo,
 Qué sé yo qué Teseo, se asegura,
 Que de su pátria la sacó robada,
 Valiéndose de engaños y de astucias.

¿Y se podrá creer que amante y jóven
 Intacta la volviese? no es cordura.
 Si de donde sé tanto, saber quieres,
 Amo; y esta espresion baste á tus dudas.

Aunque violencia llares á su rapto,
 Y con tal nombre su perfidia cubras,
 La que es robada repetidas veces
 Ocasión para serlo da sin duda.

¡Que diferencia! yo, mientras me ofendes,
 La fe que te juré conservo pura;
 No obstante que imitándote pudiera
 El sendero seguir que me insinúas.

De sátiros silvestres y veloces.
 Desvergonzada y amorosa turba
 Mil veces me siguió con pie ligero,
 Mas de ellos escapaba con la fuga.

Del Ida en las alturas elevadas,
 Coronada tal vez la frente inculta
 De áspero pino, un fauno me decia
 Su amor, que yo pagaba con repulsas.

El mismo Febo, constructor de Troya,
 Que con tanto primor la lira pulsa,
 Cuando mas descuidada y sola estaba
 Declaróme tambien su llama impura.

Yo sin respeto á su deidad divina,
 A su rostro arrojándome sañuda,
 Por guardar el candor de mi pureza,
 Con él sostuve vigorosa lucha.

Sin que me sedujeran las brillantes
 Piedras, ó el oro que tal vez deslumbra:
 Que es cosa torpe y vil que por el oro
 Su pudor una jóven prostituya.

Prendado el dios en fin de mi firmeza,
 Comunicóme grato ciencia infusa
 Del arte, que inventada por el mismo,
 Conserva la salud, ciencia profunda.

Cuantas produce yerbas eficaces
 El orbe todo, sin faltar ninguna,
 Desde entonces conozco, y ni una sola
 De sus raras virtudes se me oculta.

Todo con ellas ¡ay! todo lo curo.
 Solo mi amor con yerbas no se cura;
 Y el arte que ejercito para todos,
 Solo á su dueño desampara injusta.

¿Pero qué mucho, si su autor sagrado
 Se vió pastor de Admeto en las llanuras
 Por el amor de Alcesta; y por el mio
 Su rostro de mis manos sufrió injurias?

Mas el remedio ¡ó Páris! que no puede
 La madre tierra en yerbas tan fecunda,
 Ni el mismo Apolo darme, tú lo puedes,
 Si acoges con piedad mis quejas justas.

Puedes, y lo merezco ¡ó dulce esposo!
 Compadézcante ya mis amarguras,
 Que no armados por mí, mas por Helena
 Los griegos en tu contra se conjuran,

Mira que tuya soy, y tuya he sido
 Aun antes casi de mi edad adulta,
 Y si de mí te dueles, cual te ruego,
 Toda mi vida en fin quiero ser tuya.

